

# Los Contem pora neos

La triste historia de comidos y comientes en los Andes —historia buñuellesca, como «La mort dans ce jardin»— pesa estos días sobre la conciencia de los españoles. Se la hace pesar. Los

## NECROFAGIA Y VIVIFAGIA

sabios de la tribu se han reunido a la llamada de los periódicos y hacen sus comentarios éticos, sociológicos, antropológicos, médicos. Se alinean sutilezas bizantinas, condenas, absoluciones, reparos, comprensión. Se nos hace pensar: «¿Qué haría usted en el lugar de ellos?». Ellos son los comientes. Mi conciencia, aunque española, es escasamente vacilante: hubiera comido compañero muerto. Y si me pongo en el otro lado de la situación, la verdad, no me hubiese importado ser comido. Entre un batallón de gusanos y un grupo de compañeros de avión, hubiera preferido ser devorado por los compañeros de viaje. «Qué tierno está Pozuelo —dirían—, lástima que no hayamos podido condimentarlo al ajillo». Yo mismo he cambiado algo de mentalidad después de leído el relato de la tragedia, y considero a mis compañeros con arreglo a una escala de valores que antes no había tenido en cuenta. Pienso en mi director en pinchitos, con un poco de comino, asado sobre brasa de carbón. En una secretaria que yo sé a la cacerola. En un botones «a la maître d'hôtel». El pensamiento canibal viene, dicen los periódicos, de la noche de los tiempos. ¿Y no volvemos, poco a poco, a la noche de los tiempos? Pero con un poco de civilización, de arte culinario. «Abrase en canal a Carandell, rellenesele de nuez picada, carne y jamón; cózasele, úntesele de aceite antes de meterle en el horno...». Jonathan Swift proponía, hace años, el guiso de niño irlandés para terminar con el problema de Irlanda («Una modesta proposición...»). Todo sería hoy distinto en Dublín si se le hubiese hecho caso.

La necrofagia, en general, me inquieta poco. Me preocupa más la vivifagia. Me inquieta que, de un modo o de otro, se me estén comiendo vivo. No entiendo demasiado bien a los moralistas. Soy poco dado a cuestiones de discriminación ética o de casuística. No leo con facilidad una columna de lamentaciones morales por la más bien espantosa comilona de los superstitios del avión de los Andes, cuando en

la de al lado se elogia la virtud y la decisión de Truman —muerto en su cama, casi nonagenario— cuando se cargó a doscientos mil personas en Hiroshima y Nagasaki. No sé bien cómo

nuestros moralistas matizan las circunstancias en que es posible comerse a un ser humano muerto en accidente —siempre con el tono admonitorio, tan español, de advertir que si no se está en esas circunstancias muy especiales, uno no es correcto— y no emiten sus sabios juicios acerca de algunas monstruosidades del tiempo presente. Pero los moralistas suelen precipitarse con fruición sobre los casos infrecuentes, insólitos y lejanos, y abandonar, desdeñar o prudentemente soslayar los muy próximos. Eso les permite ser severos.

Necrofagia... Todos, más o menos, caemos en ella. Yo no puedo evitar un cierto remordimiento cuando pienso que por el hecho de vivir en una zona del Occidente feliz tengo derecho a una vida media de setenta años, mientras un nativo de Bengala no pasará de los treinta: los cuarenta años de diferencia entre ese hermano bengalí y yo me los estoy comiendo cada día. Otros viven de los muertos de una manera metafórica. Son sus intérpretes, son los ecos de sus voces desaparecidas. Y pretenden que esas voces de los muertos les designan a ellos como eternamente vivos. (Vivo, tercera acepción de la Academia: «Que está en actual ejercicio de un empleo.») En la posguerra conocí un patriota que cuando la administración le negaba alguna de las prebendas, beneficios o dádivas a las que se creía con derecho, exclamaba con furor: «¡Y para esto hemos muerto un millón de españoles!». Se convertía así en un personaje doble: se incluía entre los muertos para tener derecho a la vida del héroe.

Sí, preferiría haber sido comido o comiente en los Andes a ser el elogiado y bien enterrado Presidente Truman, con su solemne epitafio: «Hice lo que debía». Carandell me comería en los Andes —es mucho más apto que yo para la supervivencia— y la pediría que mi roído esquelito tuviera un cartelito sobre el esternón: «Yo sí que hice lo que debía».

## POZUELO

## Bangla-Desh

### TIEMPO DE LADRONES

Un año después de la liberación se oyen ya frases como ésta: «¿De qué ha servido verter tanta sangre?».

«¡Joy Bangla!», «¡Viva el Bangla-Desh!». En la plaza mayor de Dacca, una compacta multitud celebra con su bien amado ídolo el primer aniversario de la independencia del país. Una muchedumbre fiel, aunque ya no entusiasta. En cuestión de meses ha declinado sorprendentemente la popularidad del jeque Mujib. Aunque éste sigue siendo «Banga Bhandhu», el amigo de Bengala, su aureola ha perdido gran parte de su esplendor desde aquel glorioso día en que, recién salido de las cárceles pakistaníes, el jeque aterrizará en el aeropuerto de Dacca en olor de multitud. En aquel momento el jeque lo podía todo. El fervor del pueblo bengalí era su capital más precioso para la reconstrucción de un Bangla-Desh en ruinas. Su sueño, el «sonar Bangla», Bengala dorada, se había convertido en el sueño común de setenta y cinco millones de hombres, dispuestos en aquel momento a todo con tal de convertirlo en realidad.

Pero Mujib no ha sabido o no ha querido movilizar las energías. Ha preferido rodearse de los elegidos de la Liga Awami, los mismos que, mientras la guerra hacía estragos en el Bangla-Desh, formaron en Calcuta un Gobierno en el exilio. Estos nuevos privilegiados han amasado, en cuestión de meses, enormes fortunas, hasta el punto de que el pueblo, exasperado, llama ya a la Awami League (A. L.): «Association of Looters» (Asociación de Ladrones).

«Preferiríamos ser explotados por los pakistaníes antes que por los nuestros —se lamenta un humilde campesino—. ¿Para qué ha servido nuestra lucha, toda la sangre vertida? Somos más infelices aún que antes». La situación es, en efecto, dramática. Desde el final de la guerra, el precio de los artículos de primera necesidad se ha duplicado e incluso triplicado: el maund de arroz (treinta y cinco kilos) ha pasado de cuarenta takas (1) a noventa. Un pequeño sari de algodón, que antes valía quince takas, hoy cuesta entre cincuenta y setenta. El mínimo vital se ha convertido en un lujo para una población cuyos ingresos medios mensuales son de aproximadamente cincuenta takas. Recientemente se han producido algunos fallecimientos por

inanición en varios pueblos del país. El Gobierno ha importado millares de toneladas de arroz, pero éste parece llegar sólo raramente a sus destinatarios...

Todos los días estalla algún escándalo que pone en evidencia, además de la acumulación ilícita y el mercado negro existentes, un contrabando a gran escala entre el Bangla-Desh y la India. El arroz y el yute atraviesan continua y tranquilamente una frontera de tres mil kilómetros que resulta imposible vigilar con eficacia. El yute sirve para alimentar las fábricas de la Bengala india, fábricas que desde hace un año registran una gran actividad. Se han vuelto a abrir incluso algunas fábricas que habían sido cerradas.

### Una frontera permeable

En el mercado de Calcuta se encuentran incluso productos de la ayuda internacional —mantas británicas, tejidos japoneses, medicamentos franceses y americanos—, sin que los vendedores se hayan preocupado siquiera de deshacerse de los envases originales, que aún llevan etiquetas marcadas «Destination Dacca». Los campesinos de las ciudades y aldeas fronterizas aseguran que el transporte se lleva a cabo en camiones de la Liga Awami. Es seguro en cualquier caso que un contrabando a esa escala sólo es posible con la complicidad de las autoridades.

Existe además un tráfico de licencias de importación y distribución de mercancías. El diario de oposición «Holiday» señala que «muchos que no son comerciantes consiguen licencias gracias a las presiones del partido en el poder. Estas licencias las venden luego a otros con grandes márgenes de beneficios». Las licencias pasan así de mano en mano, convirtiéndose en valores que los negociantes guardan en sus Carteras en espera de que aumenten de valor. Y mientras tanto, claro está, ni huella de las mercancías que tanta falta hacen. Por último, la devaluación del taka (oficialmente en paridad con la rupia india, aunque en realidad vale dos veces menos) provoca una fuga de capitales bengalíes en dirección de la India, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

¿Cómo reconstruir una economía en esas condiciones? Ya al

(1) Un taka igual a siete pesetas.

poco tiempo de acabar la guerra la situación no era precisamente brillante: los medios de comunicación habían sido seriamente dañados y la producción se resentía de una desorganización total. Según confesión del Gobierno, el mercado negro, la anarquía en la distribución de licencias, las medidas de importación equivocadas y la negligencia demostrada por la Administración no han hecho sino agravar el mal.

No se pone en tela de juicio la honestidad de Mujib; sin embargo, las contradicciones existentes en el seno del Gobierno le impiden tomar medidas eficaces contra la corrupción. El poder se lo reparten, en efecto, dos lobbies: el lobby indosoviético, dirigido por el ministro de Hacienda, Tajjudin Ahmed, y el americano, apoyado por la mayoría de los miembros de la Liga Awami. Esta rivalidad se deja sentir cruelmente cada vez que el Gobierno ha de tomar una decisión fundamental y explica en parte la falta de una política coherente.

También la oposición está bas-

tante dividida. Relegado a la clandestinidad desde la guerra, el partido maoísta de Toaha organiza a los campesinos del Norte en la región de Noakhali. Los otros grupos de extrema izquierda, los de Deben Sidkar, Amal Sen, Zafar y Menon, gozan de amplias simpatías entre los miembros de la clase obrera y los coolies (en total, dos millones de personas, aproximadamente). Estos partidos han decidido presentarse a las elecciones de marzo de 1973, pero dudan de si formar un frente común con el viejo líder campesino Maulana Bashani. Este musulmán maoísta de noventa años es, sin embargo, el único que puede representar un desafío para la popularidad de Mujib.

### Los «guardias rojos»

Sin embargo, el fenómeno político fundamental de los últimos meses lo constituye, sin duda, el nacimiento de una oposición estudiantil. Ferozmente mujibista

en un principio, la mayoría de los estudiantes se han unido a la fracción más radical de Rab y Siraj. Partidarios de un "socialismo científico" mal defendido, son quinientos mil y tienen ramificaciones en todo el país. Hijos o nietos de campesinos, los estudiantes siguen en cierto modo unidos al medio del que proceden, y su influencia sigue siendo importante en las aldeas.

Al grupo Rab Siraj se han unido el "mayor" Jelil, héroe de la independencia que fue encarcelado por haberse atrevido a denunciar el pillaje de que fue objeto el país por parte del Ejército indio, y los "Mukti Bahini", los valientes guerrilleros del Bangla-

Desh apartados del poder tras la liberación. Los "Mukti Bahini" han tenido que ceder ante los "Lal Bahini" o "guardias rojos", nueva fuerza paramilitar cuyo aire fascista no deja de sembrar inquietud. Los "Lal Bahini" se proponen, según el jeque, eliminar a los "elementos antisociales"; en Dacca, estos "guardias rojos" se hallan actualmente enzarzados en violentas disputas con el partido socialista nacional de Rab y Jelil, y se habla de que después serán enviados a restablecer el orden en las comunidades agrícolas.

La "Bengala dorada" no está a la vuelta de la esquina. ■ KENI-ZE MOURAD.

## Uruguay

### UN DIA CUALQUIERA...

Usted está en Montevideo en una mañana de invierno. La columna del termómetro descendió casi hasta el cero y un viento helado sopla sin cesar desde el mar. Sale a la calle, transita por remolinos de basura, por policías ocultos en camiones cuadrados, gigantescas cajas azules y sombrías, con ruedas, con ojos diminutos que horadan el blindaje.

Son las ocho de la mañana. Como usted no sólo está en Montevideo, sino que se llama... (un ama de casa uruguaya), camina hasta la puerta del mercado. Hay una larga cola que espera la llegada de las papas. Usted se acerca, envuelta en su grueso abrigo de paño, la bolsa colgando del brazo. Veintitrés personas le ganaron la delantera. Mira su reloj y calcula que falta por lo menos media hora hasta que lleguen las papas. Dos mujeres conversan, y no hace falta escucharlas para conocer el tema: política. Prácticamente, el único en el Uruguay de hoy. «Fue ayer de madrugada», dice una de las mujeres. Cuando usted la mira, convierte su voz en un susurro. Usted vuelve la cabeza hacia la calzada, simula indiferencia porque no quiere intranquilizar a nadie. Ese es el momento que aprovecha el niño de siete años para ofrecerle lápices, bolígrafos. «No necesito». «Entonces deme algo, doña, lo que pueda. Tengo que ir a ver a mi papá que está enfermo».

Usted ya sabe: es la historia de todos los días. Cada uno tiene su cuento: el más difícil o el más eficaz. Pero detrás de esa historia barata y repetida está la miseria. Una miseria real que usted puede palpar en los mocos secos por el viento en el rostro del niño. Porque usted sabe que no hay trabajo; que sube el coste de la vida;

que esta legión de niños no aprende porque no van a la escuela. Pero, si consiguen ir a la escuela, tampoco aprenden porque comen poco y mal. Fideos y arroz, arroz y fideos si ese día tuvieron la suerte de tragar algo.

La cola fue avanzando y usted se siente más cerca de las papas. Las dos mujeres hablan ahora del costo de la vida, de la escasez y de esos productos que hay pero pocos pueden comprarlos. «Roberto gana cuarenta y cinco mil pesos —usted "traduce" y se encuentra con sólo 45 dólares, más o menos—, y un kilo de carne cuesta mil», dice la más flaca de las dos mujeres y calla de golpe. «¡Se acabaron!». Usted se sorprende por ese grito en mitad de semejante silencio. «¿Qué cosa?», pregunta una mujer que está delante, que usted no puede ver pero que imagina con el rostro rojo de rabia. «Las papas, señora, las papas. ¿Qué quiere que se acabe?». «Las colas, por lo menos», se alcanza a escuchar entre el murmullo de fastidio mientras la gente se dispersa. El frío la ayuda en su decisión de tomar el problema de la comida con calma. «Esto no es lo peor que le puede pasar a una», piensa usted mientras regresa a su casa.

Camina sólo dos cuadras. Una discusión en voz alta la detiene. Junto a la puerta de su jardín, una mujer increpa al cobrador de impuestos. «Esto pasa porque aquí nadie quiere trabajar, aquí la gente nació toda para ser rica. Todos quieren ser doctores. Si la Policía mata a unos cuantos de esos revoltosos, de una vez se acabarían los problemas».

Usted se olvida que es... (una simple ama de casa) y que está en Montevideo en esta mañana de invierno: «Sí —la grita—, y que entre esos cuantos estuviera su hijo». La mujer la mira apar-

Cuando, recién liberado de las cárceles pakistaniés, el jeque Mujib aterrizó en el aeropuerto de Dacca, la muchedumbre le recibió enfervorizada. Hoy su pueblo le sigue siendo fiel, pero ya no le demuestra aquel entusiasmo.

